

CONSERVADURISMO VERSUS LIBERALISMO. IDENTIDAD VERSUS SITUACIONISMO EL LEGADO DE JAMES DRANE

Fernando Lolas Stepke¹

La reflexión ética sobre el comportamiento humano no tiene por finalidad describir, explicar, comprender o interpretar. Su finalidad es *justificar y legitimar* comportamientos considerados “morales” o apropiados por una sociedad según tradición, costumbre o leyes.

La ética es a la moral como la musicología a la música. Es una elaboración secundaria, lingüística, de las razones o fundamentos por los cuales lo bueno es bueno y lo malo es malo.

El principal problema cuando se justifica o legitima una conducta reside en la autoridad que lo hace. De allí que no sea posible discutir temas de ética sin reflexionar sobre el poder, recordando que autoridad es poder legítimo.

De este modo, la religión, la costumbre, la razón suelen invocarse para sustentar la legitimación ética que puede provenir de convicciones o usos sociales que concitan adhesión o respeto.

Es sabido que Max Weber sintetizó las formas de razonamiento ético en Occidente en dos grandes corrientes. Llamó a una “*Gesinnungsethik*” (ética de las convicciones) y “*Verantwortungsethik*” (ética de la responsabilidad) a la otra. La primera suele asociarse al raciocinio deontológico, destacando deberes que emanan de creencias. La segunda con el efecto de decisiones y acciones sobre el bienestar y la convivencia.

Muchas personas creen en dogmas religiosos, otras en dogmas científicos, algunas en “leyes naturales” enunciadas por alguna autoridad con apego a la razón o la creencia. Enfrentan los inevitables dilemas de la vida humana recurriendo a las prescripciones de su fe. “La voluntad de creer”, como escribía William James, es consubstancial a la especie humana. Incluso quienes creen no creer abrigan convicciones de las que no se percatan. Ortega y Gasset decía “las ideas se tienen, en las creencias se está”. Se *está* en ellas aún sin saberlo. Una arqueología o un “desenmascaramiento” de las creencias sirven para abordar el estudio de grupos y sociedades.

Frente a esa postura, razonar según las consecuencias de los actos para la convivencia o el bien común produce formas diversas de ética de la responsabilidad. Conocido es el utilitarismo, que proclama buena una decisión cuando produce el mayor bien para el mayor número de personas.

Al tomar decisiones suele mezclarse ambas formas de justificación moral. Las personas suelen sopesar los pros y los contras, maximizando sus posibilidades, respetando ciertos principios o apoyándose en creencias explícitas o inconscientes.

Por qué las personas tienen algunas creencias y no otras depende de muchos factores. No se escoge ni el lugar ni el momento del nacimiento. Tampoco la familia, los ancestros o el régimen político en que se llega al mundo. Las creencias pueden mutar en el curso de la vida pero las personas sienten, pese a los cambios, una suerte de continuidad biográfica a la que guardan lealtad. Esta *ipseidad*, individualidad persistente pero mudable, puede ser llamada también “identidad”. Muchas decisiones se toman para proteger y resguardar la identidad debida a la nación, la historia, las instituciones. Especialmente expresivo es el caso de quienes creen representar el tipo ideal de una institución o grupo humano. Sus creencias les impulsan a conservar inmutable esa identidad, a defenderla de influencias foráneas. En suma, a preservar.

¹ Profesor y director, Centro Interdisciplinario de Estudios en Bioética, Universidad de Chile. Investigador, Universidad Central de Chile. Miembro de Número, Academia Chilena de la Lengua y Correspondiente, Real Academia Española. Miembro de la Academia Chilena de Medicina y de la Academia Nacional Mexicana de Bioética, Chile, flolas@uchile.cl, ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9684-2725>.

Esta postura conservadora fue la que James Drane (1930-2023) expuso y criticó en relación a la Iglesia Católica Romana. Después del Concilio Vaticano Segundo se avizoraba un “*aggiornamento*” de la doctrina católica en relación a temas vitales, entre otros, la reproducción humana y la anticoncepción. Así lo dejaba entrever el resultado de una comisión instalada por Juan XXIII. Pero fue desatendida y desechada por Paulo VI en su encíclica “*Humanae Vitae*”. Las fuerzas conservadoras predominaron en la jerarquía eclesiástica, a fin de sostener la “identidad” de la Iglesia.

Drane fue expulsado de la condición sacerdotal no solamente por escribir artículos de prensa en que reafirmaba las conclusiones razonables de la comisión conciliar. Al término de uno de ellos, en forma algo críptica pero manifiesta, objetó el dogma de la infalibilidad papal, aquella doctrina de Pío IX que se impuso en el siglo XIX. Los Papas, en materias doctrinales, no pueden errar.

Largo sería explicar o pretender entender situaciones históricas que exigen versación y competencias. Lo central es preguntarse qué demuestra el caso de James Drane cuando, en sucesivos escritos, confronta lo que llama “postura católica liberal” con el conservadurismo de la curia y la jerarquía. El nunca abandonó la iglesia y siempre abogó por el diálogo con otras confesiones cristianas. Pero objetó la rigidez en la mantención de una identidad eclesial que no se encontraría en los orígenes del cristianismo ni tampoco en muchos de sus textos canónicos.

Quienes le conocimos en la época liminar del nacimiento del discurso bioético en Iberoamérica, del cual fue promotor y precursor, podíamos concordar con sus planteamientos e incluso aceptar su catolicidad post sacerdotal como una decisión encomiable. La pregunta que nunca respondimos es hasta qué punto puede o debe una institución más espiritual que política adaptarse a los avatares del tiempo y cambiar según preferencias de las multitudes. Algo frecuente en la política contingente, especialmente en algunas pseudo democracias latinoamericanas que devienen en dictaduras populistas. Bien sabemos que en el seno de una institución compleja y antigua conviven distintas orientaciones y persuasiones, pero sus modos de ejercer influencia no pasan por la consulta popular, que no es la fuente de su autoridad. La “ortodoxia” es un concepto escurridizo, especialmente en una época como la actual en que predomina el laicismo, preconizado como antídoto contra supersticiones. Es probable que la popularidad de la iglesia romana creciera con posturas más aceptantes de los usos en boga, pero ello está en contra de la noción de “identidad transhistórica” que se autoatribuye.

Lo relevante del caso, y oportuno de recordar ahora que Drane ha muerto, es en qué medida la Ley Natural y los derechos humanos inalienables, núcleo de toda discusión actual sobre dilemas bioéticos, pueden ser invocados en forma exclusiva por una corriente doctrinal o política. Está en juego la fidelidad a la propia historia, los intereses de quienes transitoriamente la dominan, la esfera de influencia que gana o pierde y, finalmente, el sentido de las ideologías. Por más que se intente desacreditar a algunas por los efectos que su aplicación tuvo o tiene en el cuerpo social, la tensión entre conservadurismo y liberalismo (en el sentido que les dio Drane) es parte de la vida social. Frente a eso, las minucias del discurso bioético y su utilización con espurios fines son solamente parte de una historia en desarrollo, en la que cabe discernir tendencias pero nunca verdades.

En este número de *Acta Bioethica* incluimos un homenaje a James Drane y una reseña de su último libro, con referencias a otras obras suyas.

Hans-Martin Sass

También ha fallecido otro importante bioeticista, Hans-Martin Sass, representante de una forma europea de este discurso, quien dedicó parte de sus esfuerzos a la exposición de una “ética diferencial”, a la integración transcultural de los problemas y trabajos y al redescubrimiento de las aportaciones del pastor luterano Fritz Jahr, un precursor que creó el vocablo *Bio-Ethik* en la década de los años 20 del siglo pasado. En este número, el profesor Amir Muzur, de Rijeka, Croacia, le tributa un merecido homenaje *in memoriam*.